

Anterior en: <https://ideaswaldorf.com/3-la-republica-de-roma/>

4. CARTAGO

6.

El mar que rodea Italia es un gran mar rodeado por tierra. Los romanos lo llamaban el mar “*en medio de la tierra*”, el “*medi terra*”, y hoy lo llamamos mar *Mediterráneo*. Desde los tiempos más antiguos ese mar fue una enorme vía de comunicación, en la que los barcos a vela transportaban bienes y personas, así como también conocimientos.

Los egipcios y los griegos habían navegado las aguas azules del Mediterráneo para el comercio y la conquista. Pero los marinos más intrépidos y los comerciantes más astutos eran los fenicios. Fueron los fenicios los que simplificaron la escritura desarrollando el alfabeto que, a su vez, fue adoptado y transformado por los griegos. Los fenicios tenían su patria en la costa oriental del Mediterráneo, donde hoy se encuentra el Líbano, al norte de Tierra Santa.

A medida que sus barcos navegaron por todo el Mediterráneo fueron fundando ciudades allí donde hubiera buen comercio.

Cartago era su ciudad más grande, situada en la costa norte de África, al lado de la actual ciudad de Túnez, justo al frente de Italia. En pocos siglos, Cartago se había convertido en una ciudad de riqueza y poder. La casa de cada mercader cartaginés era como un palacio construido con mármol y maderas exóticas, inmensos jardines; una multitud de esclavos cuidaban de las haciendas y sus posesiones.

Los templos de Cartago brillaban con el oro, pero los dioses venerados en estos templos no eran los dioses de Grecia. Los dioses de Cartago eran crueles y recibían sacrificios humanos.

Los mercaderes de Cartago eran ricos y poderosos con sus tesoros de oro y piedras preciosas en sus depósitos. Y eran tan ricos que incluso no luchaban en sus propias guerras, sino que pagaban a otros para que lucharan en las batallas por ellos. Y pagaban tan bien que griegos, egipcios, persas y africanos servían como soldados en la gran ciudad de Cartago.

Sólo los generales y los oficiales de más alto rango eran cartagineses. Todos los soldados eran extranjeros que servían y luchaban por el dinero que se les pagaba, eran mercenarios.

Ahora bien, a los mercaderes de Cartago no les gustaba que los barcos de Roma se multiplicaran por el Mediterráneo y que les quitaran parte de su comercio. Tampoco les gustaba tener a un vecino tan poderoso como Roma justo a la otra orilla del Mediterráneo.

Los cartagineses empezaron a pensar que era hora de detener a esos intrusos romanos, y, por su parte, los romanos consideraban que iba siendo tiempo de terminar con competencia de la ciudad de Cartago y adueñarse del Mediterráneo. Y así empezó la guerra entre Roma y Cartago, guerra que se luchaba en tierra y en mar. Pero nadie acababa de ganarla, y en los momentos que había paz, se temían mutuamente.

Aníbal* era el más grande de los generales cartagineses. Desde su infancia sólo tenía un objetivo en mente: conquistar Roma.

Era todavía niño cuando su padre **Amílcar***, un gran general de Cartago, lo llevó a un templo del dios cartaginés Baal y le dijo:

—“Hijo mío, quiero que jures ante la estatua de Baal, nuestro dios supremo, que toda tu vida, pase lo que pase, odiarás a Roma y a los romanos, y que lucharás contra ellos mientras vivas”. Y el niño, de sólo nueve años en aquel entonces, levantó su brazo derecho y gritó:

—“¡Juro por los dioses de Cartago que, mientras viva, odiaré y lucharé contra Roma y los romanos!”

Desde ese día Aníbal fue allí donde fuera su padre con los soldados de Cartago. Se sentaba con los soldados de su padre en el fuego de campaña por la noche, los ayudaba a afilar sus espadas y a pulir sus armaduras. Escuchaba con avidez lo que contaban cuando regresaban de alguna batalla hablando de las furiosas luchas y de los enemigos que habían matado. Escuchaba con avidez cuando su padre y otros oficiales hacían planes para la siguiente batalla.

A los mercenarios, los soldados pagados por Cartago, les gustaba el valiente muchacho. Le dejaban manipular sus armas y montar en sus caballos, y le enseñaron habilidades con la espada y la lanza. De modo que Aníbal creció entre soldados y esperaba el momento en que él mismo pudiera ser un soldado y un líder.

Cuando el padre de Aníbal murió en la batalla, se incrementó su deseo de convertirse en un gran general como su padre. Finalmente se convirtió en el comandante en jefe, el general supremo de Cartago. Hasta ese momento, los cartagineses habían realizado sus ataques contra los romanos llevando a sus soldados en las naves, desembarcando en la costa italiana, e intentando abrirse paso hacia Roma, pero siempre habían sido rechazados.

Un día, Aníbal, que comandaba el poder militar de Cartago, tuvo un sueño. Y eso muestra que la gente de Cartago todavía tenía una sabiduría basada en los sueños y todavía no habían aprendido a pensar como lo hacían los griegos. En su sueño vio el Mediterráneo y los países a su alrededor desde arriba, como hoy lo vemos en un mapa. Y Aníbal vio un dragón de fuego que salía de Cartago, se arrastraba por la costa norte de África, entraba en la región que entonces se llamaba Iberia, la actual España, de allí se arrastraba hasta la Galia, la actual Francia, giraba al sur y llegaba ante unas altísimas montañas, los Alpes. Pero el dragón no se detenía, se deslizaba por las montañas y las cruzaba, acabando en el otro lado, en Italia, la tierra de los romanos. Y desde allí se arrastraba echando fuego por la boca e incendiando las ciudades romanas una tras otra.

Y Aníbal despertó, y comprendió que el dragón que había visto en su sueño iba a ser su propio ejército, y que tendría que invadir Italia haciendo marchar sus tropas por Iberia y la Galia, atravesando los Alpes y llegando así a Italia desde el norte, no desde el sur, por mar, como había sido habitual.

***Aníbal Barca** (247 aC-183 a.d.C.): Aníbal significa ‘quien goza del favor de Baal’ y Barqa, ‘rayo.’ General y estadista cartaginés considerado como uno de los más grandes estrategas militares de la historia. [n. del pr.]

***Amílcar Barca** (ca. 275 aC-228 aC): General y estadista cartaginés, líder de la familia Bárcida, y padre de Aníbal, Asdrúbal y Magón. Mandó las fuerzas de tierra cartaginesas en Sicilia en las últimas etapas de la primera guerra púnica. [n. del pr.]

Aníbal cruza los Alpes

Los fenicios eran navegantes intrépidos y comerciantes inteligentes. Así, por ejemplo, el estaño es un metal muy útil que mezclado con cobre crea una aleación que llamamos bronce, que podía ser moldeada para hacer cascos, escudos y corazas. Es muy duro y tiene un bello color casi dorado. El cobre era extraído en las minas de la isla de Chipre en el Mediterráneo oriental, de modo que los habitantes de las ciudades que bordeaban el Mediterráneo no tenían que ir muy lejos para conseguir cobre. Pero el estaño era más escaso, sólo podía encontrarse un poco en alguna montaña aquí o allá.

Pero los fenicios encontraron una isla habitada por gente salvaje lejos, en el norte. En las colinas de esa isla se podía encontrar estaño en grandes cantidades. Los nativos apenas iban vestidos con pieles de animal, así que los fenicios les ofrecían tejido rojo y lino blanco a cambio del estaño, y regresaban con sus naves cargadas del preciado metal, que luego vendían a buen precio a los griegos, egipcios y persas.

Esa isla en el norte era Britania, y el estaño procedía de las minas de Cornualles. Cartago era una ciudad fenicia cuyos barcos surcaban los mares y sus mercaderes podían pagar mercenarios extranjeros para luchar en sus ejércitos.

Los cartagineses carecían de preocupaciones, pero cuando las naves romanas empezaron a navegar a Egipto, Grecia e Iberia, y les quitaron mercados donde comerciar, decidieron que había que detenerlos.

Y los romanos, por su parte, querían tener todo el comercio del mar Mediterráneo para ellos solos. Las guerras —hubo tres guerras entre Roma y Cartago—, fueron guerras por el comercio y el provecho económico. Los romanos las llamaron las Guerras Púnicas, “*punicus*” era la palabra latina para fenicio—.

La primera de las guerras púnicas (264 a.d.C.- 241 a.d.C.) no fue decisiva. Los cartagineses no pudieron transportar en sus naves un ejército lo suficientemente grande para conquistar Italia, y los romanos tampoco pudieron llegar hasta África para conquistar Cartago. Sin embargo, Cartago perdió Sicilia y más tarde los romanos se apoderaron también de Córcega, Cerdeña y Malta. Esta fue la primera expansión de Roma fuera de sus fronteras italianas.

Para resarcirse, los cartagineses se concentraron en la invasión de la península ibérica. Fundaron colonias en Ebusus, la actual Ibiza, y Mahón) ambas en las islas Baleares, y se fueron expandiendo por la península.

Amilcar fundó Aleuke, la actual Alicante, y su sucesor **Asdrúbal*** fundó luego su principal ciudad ibérica Quart Hadasht o Cartago Nova, la actual Cartagena, puerto estratégico que serviría de base de operaciones.

En el 241 a.d.C. Cartago firmó un tratado de paz con Roma y se estableció como frontera entre ambas potencias el río Íber, el actual Ebro, del que los griegos extrajeron el nombre para denominar a la península ibérica.

***Asdrúbal Barca** (245 aC-207 a.d.C.): General cartaginés de la dinastía Bárcida, uno de los tres hijos de Amílcar Barca. [n. del pr.]

La Segunda Guerra Púnica (218 aC-20 aC) empieza cuando Aníbal, en un asedio de ochos meses, asalta, saquea y masacra a los habitantes de la ciudad de Sagunto, colonia griega que estaba dentro del territorio ibérico cartaginés, pero que tenía un tratado de protección por parte de Roma. Y a partir de ahí se reanudaron las hostilidades.

Aníbal, que de niño había jurado luchar contra los romanos mientras viviera, había concebido en sueños que la mejor manera de destruir a los romanos era penetrando en Italia desde el norte.

A los romanos nunca se les ocurrió que sus enemigos del sur pudieran venir desde el norte, porque por allí estaban protegidos por una poderosa muralla montañosa, los Alpes. Las cimas de esas montañas estaban cubiertas de nieve, hielo y glaciares incluso en verano. Para un simple viajero ya era muy difícil abrirse paso por las empinadas laderas montañosas, pues no había caminos y los valles estaban habitados por **tribus montaraces** muy belicosas que echaban piedras y gigantescas rocas a cualquier intruso que se atreviese a pasar por su tierra. Pero Aníbal congregó un inmenso ejército de mercenarios de todas partes del mundo: cien mil infantes y doce mil de caballería; había hábiles espadachines de Grecia, ingeniosos arqueros persas, honderos baleáricos que lanzaban piedras con honda con una puntería y fuerza que eran capaces de abollar las corazas y los cascos; había hombres que conducían carros con largas cuchillas curvadas en las ruedas que podían cortar a cualquiera que se pusiera en el camino. Y había 40 elefantes entrenados para la guerra, que podían utilizar sus trompas para estrangular a los enemigos, sus enormes patas para aplastar cualquier cosa que se interpusiera y que podían llevar torretas sobre sus lomos donde iban colocados arqueros.

Con este poderoso ejército y sus elefantes Aníbal se puso en marcha, siguiendo el camino que el dragón le había mostrado en su sueño. Viajando a lo largo de la costa de África llegaron a Iberia, España, conquistaron las ciudades más al norte del Ebro, luego cruzaron los Pirineos y llegaron a la Galia, Francia.

Los nativos eran gentes celtas que odiaban a los romanos, y estaban dispuestos a ayudar a Aníbal y a su ejército a atravesar la Galia. Y de ese modo, el ejército de Aníbal llegó al pie de los Alpes. El año estaba ya muy avanzado, ya estaba cerca el invierno y empezaba a caer la nieve. La mayoría de los soldados de Aníbal procedían de países cálidos y soleados que nunca antes habían visto ni nieve ni montañas tan terriblemente altas. Incluso los soldados de Aníbal más curtidos miraban con temor y respeto aquellas elevaciones montañosas y sus blancas cúspides nevadas. Pero confiaban en Aníbal, su líder, un hombre que había crecido entre ellos y que compartiría cualquier penuria con ellos.

Y así empezó el ascenso. Tenían que abrirse paso por senderos estrechos en los que, a veces, había espacio sólo para un hombre o un animal.

Todo el ejército se alargó en una sola fila ascendiendo paulatinamente, jadeando y sudando, incluso en el aire gélido. A un lado de esos estrechos senderos se erguían altísimas paredes rocosas y al otro se abrían precipicios tan profundos que los hombres no se atrevían a mirar hacia abajo, y los senderos ya estaban resbaladizos por la nieve.

**Montaraz: 1. adj. Que anda o está hecho a andar por los montes o se ha criado en ellos. 2. adj. Dicho del genio o de alguna otra cualidad de una persona: Agreste, grosero y eroz. Diccionario RAEL [n. del pr.]*

Los caballos, y, especialmente, los elefantes, no estaban acostumbrados a ese tipo de caminos. De modo que, de vez en cuando, un caballo o un elefante resbalaba y caía por el precipicio, arrastrando a algunos hombres consigo. Los demás no podían hacer otra cosa que observar horrorizados e impotentes cómo sus amigos o los animales se estrellaban en el fondo. El aire se hacía escaso y tan frío que parecía cortar como un cuchillo.

En el momento en que alguien se detenía para tomar aire y descansar un poco, empezaba a temblar y tiritar de frío.

Había soldados tan agotados y desanimados por la tensión y el terrible frío que, en lugar de seguir adelante, preferían dejarse llevar y caer por los precipicios. Pero era el espíritu valiente de Aníbal que les permitía proseguir. Parecía estar por todas partes: *“aquí hablaba como un viejo amigo a un hombre que tiritaba de frío, allá ayudaba a otro hombre exhausto a superar una roca, y más allá calmaba a un caballo aterrorizado por una piedra que acababa de caer”*.

Y así el gran ejército fue ascendiendo. Y agregado a esas dificultades, las tribus salvajes de las montañas les tendían emboscadas de vez en cuando, echándoles grandes rocas desde arriba. Aníbal congregó a sus hombres más fuertes y logró hacerlas huir. Los descendientes de esas tribus montaraces son los actuales suizos.

Finalmente, el ejército alcanzó la cumbre de su ascenso y desde allí se veían las llanuras de Italia, extendiéndose abajo.

Aníbal exclamó:

—“¡Mirad, soldados, ahí al frente se halla Italia con todas sus riquezas!” ¡Y todas esas riquezas serán vuestras!”

Pero pronto descubrieron que, aunque el camino hacia abajo era más corto, era más abrupto que el de subida. Ahora todo estaba cubierto de nieve. Un soldado podía pisar en falso y hundirse desapareciendo para siempre: caídas, avalanchas, y congelaciones.

El ejército de Aníbal alcanzó finalmente el valle, dejando atrás las terribles alturas de los Alpes, tardando sólo diez días para atravesarlos, pero quedaban sólo treinta mil hombres y veinte elefantes. Los hombres estaban exhaustos y sufrían de congelamiento.

¡Y dos días después tenían que entrar en combate con un ejército romano!

Nadie, excepto Aníbal, hubiera sido capaz de animar a estos hombres agotados a recuperarse de los terrores de la travesía, y enfrentarse en la batalla a un ejército romano descansado y fresco, y que estaba dispuesto a destruir a esos insolentes invasores.

¡Aníbal ante portas!

Mientras Aníbal marchaba lentamente por Iberia, los romanos no se habían quedado dormidos. Enviaron una flota con sus soldados a Iberia para detener a Aníbal, pero llegaron demasiado tarde.

Aníbal ya estaba en la Galia. Y cuando los romanos se enteraron que Aníbal pretendía entrar en Italia atravesando los Alpes pensaron que se había vuelto loco.

Sus tropas estarían tan debilitadas al acabar el viaje que destruirlas sería cosa de niños. De modo que el ejército romano volvió a Italia y se mantuvo en el norte, al pie de los Alpes, a la espera del ejército de Aníbal.

Estaban descansados y entrenándose mientras las tropas de Aníbal luchaban por atravesar los glaciares y las nieves. Sólo dos días después de atravesar los Alpes, los hombres de Aníbal — exhaustos, sufriendo de congelamiento—, tuvieron que enfrentarse a los soldados romanos, que les doblaban en número y que estaban descansados y con ganas de luchar.

Había sesenta mil romanos contra treinta mil soldados de Cartago.

El general de los romanos, **Escipión*** les había dicho a sus soldados que la lucha contra los agotados invasores sería cosa fácil y se lanzaron a la batalla, convencidos de que el enemigo no ofrecería demasiada resistencia. Pero los hombres de Aníbal se repusieron y cobraron fuerza por el ejemplo y las palabras de su general y lucharon como leones.

Los romanos se quedaron sorprendidos por la furia belicosa de sus enemigos y estaban aterrorizados por los elefantes. Empezaron a flaquear, a retroceder, y acabaron huyendo.

¡Aníbal había ganado su primera batalla!

Poco después, una segunda batalla tuvo el mismo resultado. Todo el norte de Italia estaba abierto e inerme ante Aníbal. Las ciudades y los pueblos simplemente se rindieron.

En Roma, la capital, la gente no podía creer el anuncio que se hizo en el foro de que Aníbal, ese terrible invasor, había derrotado dos veces a los ejércitos romanos. Había que detenerlo, porque Roma misma estaba en peligro. Así que se congregó un enorme ejército romano, los campesinos habían de dejar sus campos, los artesanos sus tiendas, los patricios sus villas.

Roma estaba en peligro y todo hombre romano que estuviera sano tenía que acudir a la defensa de su ciudad. Un gigantesco ejército romano de cien mil hombres, bajo el mando del cónsul **Flaminio***, se puso en marcha hacia el norte para enfrentarse a Aníbal.

Flaminio era un comerciante rico con escaso conocimiento de la guerra, mientras que Aníbal era el más grande general antes de **Alejandro Magno***. Con sus treinta mil hombres, Aníbal tendió una emboscada a los romanos cerca de un lugar llamado Cannas, donde el camino pasaba entre una colina y un lago. Los hombres de Aníbal estaban al acecho en las laderas de las colinas, y cuando todo el ejército romano estaba dentro de la trampa, se precipitaron contra él como una avalancha. Una repentina lluvia de lanzas, dardos y piedras de las ondas se precipitó sobre los romanos, matando a cientos y creando terror y confusión entre los demás.

Luego, los soldados de Aníbal descendieron cargando sobre los romanos, con sus caras medio ocultas por los cascos con visores, con las piernas protegidas con **grebas*** de bronce,

***Escipión el Africano o Publio Cornelio Escipión Africano** (236 a.d.C.-183 a.d.C.): Político de la República romana que sirvió como general durante la segunda guerra púnica. [n. del pr.]

***Cayo Flaminio Nepote** (?-217 a.d.C.): Político y militar de la República romana del siglo III a.d.C, el mayor líder popular que desafió al Senado, antes de los Gracos un siglo más tarde. [n. del pr.]

***Alejandro III de Macedonia o Alejandro Magno** (356 a.d.C - 323 a.d.C): Rey de Macedonia, Hegemón de Grecia, Faraón de Egipto, y Rey de Media y Persia. [n. del pr.]

***Greba**: 1. f. Pieza de la armadura antigua que cubría la pierna desde la rodilla hasta el pie. Diccionario RAEL [n. del pr.]

los escudos que les llegaban a las rodillas, toda la tropa moviéndose como un solo hombre, escudo pegado a escudo. A ambos lados de esos soldados de infantería había jinetes de caballería apuntando con sus lanzas. Y detrás de la primera oleada de atacantes iban los elefantes, con sus trompas pintadas de rojo que les hacían parecer serpientes contorsionándose, con el pecho armado con lanzas y sus colmillos alargados con cuchillas de acero.

Los elefantes habían sido intoxicados con una mezcla de pimienta y vino, y **barritaban*** salvajemente. Entre los romanos se produjo una confusión completa. Se levantaron nubes de polvo que les impedían ver. El estrépito era terrible, a las voces de los capitanes, el estruendo de los toques a **rebato*** y los gritos de los heridos, se les añadía el choque de las espadas y el silbido de las flechas y las piedras.

Rodeados por todas partes, cercados por sus propios hombres, confusos y aterrorizados, los romanos fueron masacrados como ganado, cercenados por las espadas, aplastados por los elefantes. Muchos fueron empujados hacia el lago y se ahogaron por el peso de sus armaduras.

Sólo una cuarta parte del ejército romano logró escapar; los otros, incluyendo el cónsul, murieron en Cannas. Fue el peor desastre que pudiera haberles pasado a los orgullosos romanos. En toda su historia, nunca sería olvidada la batalla de Cannas.

Cuando llegó al foro la noticia de la derrota, entre la gente emergió un grito:

—“¡Aníbal ante portas!” ¡Aníbal está a las puertas de la ciudad!

Mucha gente empezó a prepararse para huir. Pero Fabio, uno de los senadores, les arengó:

—¡Romanos, no olvidéis que perder una batalla no es perder la guerra! Nuestro segundo cónsul, Varro, tiene suficientes soldados para defender nuestra ciudad cuando llegue Aníbal. Si nos mantenemos unidos en este momento de prueba llegaremos a vencer a los invasores africanos”. Y, al final persuadió, a los romanos de no abandonar la lucha. Pero Aníbal no tenía prisa alguna para atacar Roma. Aunque sus propios oficiales le urgieron a que marchara sobre la ciudad, él los rechazó, diciendo:

—“Mis soldados han hecho maravillas, han ganado todas las batallas, pero no estamos lo suficientemente fuertes para tomar la ciudad de Roma. Está acercándose el invierno, y en la primavera los hombres estarán descansados y más soldados de Cartago se unirán a nosotros. Entonces tomaremos Roma. Pero ahora, durante el invierno, quiero llevar a todo el ejército a una ciudad placentera en el cálido sur de Italia donde tendrán un merecido descanso”.

De modo que, durante todo el invierno, los soldados de Aníbal disfrutaron de una vida de placer en Capua, un lugar agradable y soleado. Se dedicaron a hacer fiestas, a comer y a beber, eran servidos por esclavos y vivieron una vida de placer y confort. Mientras los soldados de Aníbal se volvían blandos y perezosos bajo el cielo azul y el aire perfumado de flores de Capua, los romanos se entrenaban, trabajaban y planeaban las batallas que tendrían que luchar en la primavera siguiente.

***Barritar**: 1. intr. Dicho de un elefante: Dar barritos. Diccionario RAEL [n. del pr.]

***Tocar a rebato**: 1. loc. verb. Dar la señal de alarma ante cualquier peligro. 2. loc. verb. desus. Se empleaba para expresar el peligro de una incursión repentina del enemigo sobre el pueblo, al cual se avisaba tocando aprisa las campanas para que se pusiese en defensa. Diccionario RAEL [n. del pr.]

La destrucción de Cartago

Cuando los soldados de Aníbal habían descendido de las alturas heladas de los Alpes estaban exhaustos y agotados, pero a pesar de ello habían derrotado en dos batallas a los romanos, muy superiores en número. Ahora, durante meses, habían disfrutado de un merecido descanso y placer en la soleada Capua. Pero la vida fácil de Capua los había hecho blandos y perezosos, y ya no tenían el buen espíritu para largas marchas y la ardua lucha. Los romanos, sin embargo, habían hecho buen uso de los meses de invierno: habían formado nuevas legiones, incluso jóvenes de 14 y 15 años habían sido hechos soldados, se habían entrenado duramente y estaban en el espíritu adecuado para luchar.

Los romanos eran dirigidos por **Fabio*** que había arengado a la multitud de Roma cuando ya estaban desesperados.

Aníbal comprendió que los soldados que tenía consigo no podían marchar sobre Roma. Esperaba que, por mar, le llegara otro ejército de Cartago para unirse a sus fuerzas. Y ese ejército llegó, liderado por su hermano

Asdrúbal, pero los romanos atacaron al nuevo ejército antes de que pudiera unirse al de Aníbal, y en esa ocasión fueron los romanos los que obtuvieron la victoria. El hermano de Aníbal y miles de sus soldados murieron en la batalla, y otros miles fueron hechos prisioneros. Sin nuevas tropas para ayudarlo, Aníbal no podía hacer nada. De modo que durante un tiempo no se produjo ninguna gran batalla en territorio italiano, porque los romanos estaban satisfechos con dejar a Aníbal arrinconado en una pequeña región del sur de Italia; había dejado de ser un peligro para ellos. Y Aníbal, por su parte, no podía arriesgarse a una gran batalla con los romanos.

En esa época los romanos decían: “*Capua fue la Cannas de Aníbal*” Mientras tanto, los ejércitos romanos estaban ocupados en otras zonas.

Conquistaron la mayor parte de Iberia, las actuales España y Portugal, y enviaron una flota al norte de África. Habían organizado un gran ejército que marchó sobre Cartago. Esa fue una decisión muy inteligente por parte de los romanos, porque Aníbal no podía permanecer en Italia cuando Cartago, su propia ciudad, estaba en peligro. Los ancianos de Cartago le pidieron que regresara. Y de ese modo Aníbal y sus soldados abandonaron Italia y se embarcaron hacia África.

Fue un día muy triste para Aníbal, que veía cómo se alejaba la costa de Italia. Había llegado a ella con la esperanza de derrotar a la orgullosa Roma, pero la esperanza se había desvanecido. Una vez en África, Aníbal condujo un imponente ejército contra los romanos. Además de sus veteranos —los soldados que habían cruzado los Alpes con él—, tenía mercenarios que estaban orgullosos de luchar bajo el mando del gran general, e hizo participar a todos los cartagineses en la defensa de su país.

¡Y volvía a tener un gran número de elefantes! Pero los romanos aprendían rápido. Y descubrieron que los sonidos muy agudos irritaban a los elefantes. En esa batalla, el cónsul romano, **Escipión***

***Quinto Fabio Máximo Verrucoso Cunctactor** (ca. 280 a.d.C.- 203 a.d.C.): Político y general romano. Cinco veces cónsul y dos veces Dictador, y Censor. Desarrolló las Tácticas Fabianas y fue precursor de la guerra de guerrillas. [n. del pr.]

—el hijo del Escipión que había perdido la primera batalla contra Aníbal en Italia—, dio la orden de que sonaran gran cantidad de clarines y trompetas. Se produjo un ruido tan ensordecedor que asustó de tal manera a los elefantes que al querer huir empezaron a aplastar a los propios cartagineses. Se produjo una confusión tan enorme que los mercenarios y los cartagineses empezaron a luchar entre sí. Luego los romanos se precipitaron sobre sus confundidos enemigos y los mataron por miles, mientras el resto de los defensores huía.

El propio Aníbal huyó. El día de la batalla de Zama fue un día muy triste para él, pues había sido vencido por los odiados romanos.

Después de esa terrible derrota de Zama, los cartagineses solicitaron la paz a los romanos.

Cartago había quedado tan debilitada por las guerras que dejaba de ser un peligro para Roma. Iberia se hallaba en manos romanas y ningún ejército podría invadir ahora Italia. De modo que firmaron la paz. Los romanos querían que se les entregase a Aníbal, porque todavía le temían. Pero Aníbal había huido de Cartago antes de que pudieran capturarlo.

Aníbal se convirtió entonces en mercenario, soldado que serviría a cualquier rey que le pagara. Naturalmente, no podía ser un soldado común, sino un líder. Fue a Grecia y se hizo general de un rey de allí, pero los romanos demandaron al rey que les entregara a Aníbal. Éste se enteró a tiempo, y pudo huir y se refugió con otro rey griego, **Prusias***.

Pero los romanos volvieron a reclamarlo. En esa época todas las ciudades y gobernantes de Grecia temían el poder de Roma y Aníbal sabía que nadie iba a arriesgarse a entablar guerra con Roma a causa suya. Pero Aníbal —el orgulloso vencedor de Cannas, el hombre ante el que Roma había temblado y gritado atemorizada al decir “*Aníbal está ante nuestras puertas*”— no iba a darle a los romanos el placer de verlo desfilar encadenado por las calles de Roma, con la muchedumbre insultándolo, burlándose y apedreándolo antes de ser ejecutado. De modo que le dijo al rey Prusias:

—“*Sé que no puedes rehusar entregarme a los romanos. Pero los romanos no van a disfrutar viéndome como su prisionero. Tengo un anillo que contiene un veneno mortal, y prefiero morir por ese veneno que por la espada de los romanos. Moriré con ese veneno, y conmigo morirá la esperanza de mi querida patria, Cartago. Cartago está sentenciada, como lo estoy yo*”.

Y tras decir esas palabras, se puso el anillo en la boca, sorbió y cayó muerto. Esa fue la muerte de uno de los más grandes generales de todos los tiempos. Y lo que dijo sobre Cartago se convirtió en realidad. Porque cuando en tiempo de paz Cartago volvió a enriquecerse, los romanos no soportaron que floreciera su derrotado enemigo y que volviera a crecer el poderío militar cartaginés. Al crecer de nuevo su riqueza, los cartagineses volvieron a rearmarse.

Alarmados por este rebrote de militarismo cartaginés, y temiendo el resurgir del mayor promotor de la causa contra Roma, muchos romanos abogaron por su destrucción completa a modo preventivo.

***Prusias I**: Rey de Bitinia (228 aC-182 a.d.C.). Conocido por haber acogido a Aníbal en su huida de los romanos. [n. del pr.]

Después de uno de sus viajes a Cartago, **Catón el Viejo*** a quien también disgustaban las muestras públicas de opulencia que se hacían en la ciudad, y ser testigo del resurgir del viejo enemigo, solía acabar todos sus discursos en el Senado, sin importar cual fuera el tema, con la frase: "*Ceterum censeo Carthaginem esse delendam.*" Es decir: "*Es más, creo que Cartago debe ser destruida*".

Durante el año 149 aC, Roma realizó una serie de reclamaciones, a cuál más exigente, con la clara intención de empujar a Cartago a una guerra abierta, proporcionando un **casus belli*** que esgrimir ante el resto del mundo antiguo. Tras exigir la entrega de 300 hijos de la nobleza cartaginesa como rehenes, se demandó que la ciudad fuera demolida y trasladada a otro punto más hacia el interior de África, lejos de la costa. Esa fue la gota que colmó el vaso de la paciencia cartaginesa. Se negaron a aceptar tal demanda, y Roma declaró el inicio de la Tercera Guerra Púnica (149 aC-146 a.d.C.).

La población de Cartago, que hasta el momento había confiado principalmente en el uso de mercenarios, tuvo que tomar una parte mucho más activa en la defensa de la ciudad. Se fabricaron miles de armas improvisadas en un corto tiempo, incluso se llegó a emplear pelo de las mujeres cartaginesas para trenzar cuerdas de catapulta, con lo que se logró rechazar el ataque inicial romano.

Una segunda ofensiva, liderada por **Publio Cornelio Escipión Emiliano*** acabó tras un asedio de tres años de duración en el que finalmente los romanos lograron romper las murallas de la ciudad, la saquearon, y procedieron a quemarla por completo hasta sus cimientos. Sus habitantes fueron hechos prisioneros y vendidos como esclavos.

Los ricos mercaderes de Cartago, que habían sido servidos por centenares de esclavos, se convirtieron en esclavos ellos mismos. Luego se pasó el arado por todo el terreno y se le echó sal, con la intención de que no creciera nada en el lugar donde había estado Cartago.

Cartago dejó de existir hasta que Julio César Augusto la reconstruyó como colonia para veteranos, un siglo más tarde. Ahora sólo Roma era la dueña de todo el Mediterráneo.

Ya no había país que rodeara ese mar que pudiera enfrentarse a Roma, y con el tiempo la misma Grecia se convirtió en provincia romana.

***Marco Porcio Catón el Viejo** (234 a.d.C.-149 a.d.C.): Político, escritor y militar romano. Como político, se distinguió por ser el mayor defensor e impulsor de la tercera guerra púnica contra Cartago. [n. del pr.]

***Casus belli**: Expresión latina, traducible al español como 'motivo de guerra.' [n. del pr.]

***Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano Menor Numantino** (185 aC-129 a.d.C.): Militar y político romano del siglo II a.d.C., conquistó Cartago en la Tercera Guerra Púnica. [n. del pr.]

Continúa en <https://ideaswaldorf.com/5-la-casa-de-un-patricio-y-un-plebeyo/>

Aportación de Hermelinda Delgado